

Tantas idas y venidas

Hemos hablado mucho de las relaciones de Alcázar con Madrid y la influencia de la Villa y Corte sobre la Villa manchega, manifiesta desde el principio y anotada en sus virtudes y en sus vicios, tolerados y asimilados sin grandes alteraciones en el curso de los años, pero como el pez gordo se come al chico y para llenar Madrid hay que vaciar las provincias, nos absorberá totalmente y Alcázar ni corte ni cortijo, pero con todas las incomodidades de lo uno y de lo otro.

Parecía que el tren no hacía más que pasar por la Vega Ocaña con ese ruido suyo propio, característico, acelerado y dominante, que se extinguía -y se extingue- en los espacios encañonados por el desmonte de Piédrola, pero el labrador que lo escuchaba y se detenía para verlo correr hasta que lo perdía de vista y las mulas que aguzaban las orejas temerosas del estrépito, se quedaban melancólicos percibiendo el eco del extraño trájín.

A fuerza de verlo todos los días y que no volcaba a pesar de correr casi a treinta kilómetros por hora, le entraron ganas de subir al tren y de que lo llevara donde iba él. Y llegó a Madrid quedándose sorprendido de que allí todos los días era domingo y la gente estaba maja toda la semana.

El visitante corrió la voz y los demás no sólo iban sino que se quedaban, cambiando inexplicablemente la salubridad del campo por el cuchitril madrileño, incómodo y funesto, porque hay que ver los tísicos que cayeron allí y cuantos chicos soportaron el largo aprendizaje durmiendo en cuevas de

tiendas sobre fardos de mercancías o en rincones de pisos bajos, como perreras sin luz ni ventilación, lo cual no les impidió ser luego dueños de los más importantes establecimientos de Madrid, cosa que tal vez no hubieran conseguido sin ese sacrificio inicial que los modeló haciéndolos trabajadores, austeros y dignos, que serán siempre las cualidades de todo hombre de provecho.

He conocido a varios y ninguno ha dejado de reconocer la utilidad de aquellos principios que les obligaron a apretar para levantarse sin concesiones a la vagancia ni a la frivolidad, porque el que trabaja y no gasta reunirá lo necesario para su obra independiente y el que huelga y despilfarra siempre será esclavo, no de nadie, sino de su pereza, de su inconstancia y ligereza.

Por otra parte, la gente de los barrios bajos, que entonces pronunciaba Madriz, fluía por Alcázar como por el Puente Vallecas, totalmente como si estuviera en su casa y por si fuera poco, Alcázar recibía corriente no menos abundante de las tierras de Albacete llamadas del pijo y otra de Despeñaperros para acá, predominantemente de Santa Cruz de Mudela, segundo pueblo navajero de La Mancha.

De las tres vías que confluyen en Alcázar recibía la Villa continuo intercambio de personal y enseres y con gran satisfacción para que se encontraran como en su casa desde el primer día, identificándose con ellos y tomando muchos de los rasgos de la tierra de cada uno.

Estas corrientes trajeron a muchas per-